

L. Frank Baum

El mago de Oz

Ilustrado por
Lisbeth Zwerger



loqueleg®



*Este libro está dedicado a mi esposa,
buena amiga y compañera*
L.F.B.

Para Edit
L.Z.

INTRODUCCIÓN

A través de los tiempos, el folclor, las leyendas, los mitos y los cuentos de hadas han acompañado a la niñez, pues cualquier joven entusiasta siente un amor instintivo y honesto por las historias fantásticas, maravillosas y colmadas de imaginación. Las hadas de Grimm y Andersen han llevado más dicha a los corazones de los niños que todas las demás creaciones humanas.

Sin embargo, el antiguo cuento de hadas, que ha funcionado durante generaciones, ahora podría clasificarse dentro de “Temas históricos” en una biblioteca infantil. Así pues, ha llegado el momento para que surja un tipo nuevo de “cuento fantástico” más actual, donde queden descartados los estereotipos del genio, el enano y el hada, además de los horribles episodios que hielan la sangre y que fueron creados por sus autores para señalar una estremecedora moraleja.

La educación moderna abarca cuestiones morales, por lo tanto, ahora los niños modernos buscan entretenerse con los cuentos que les producen asombro y que felizmente hacen a un lado lo desagradable.

Con esto en mente, *El mago de Oz* se escribió con el único propósito de complacerlos. Aspira a ser una moderna narración de hadas que conserva el asombro y la felicidad, pero deja fuera la tristeza y los malos sueños.

L. Frank Baum
Chicago, abril de 1900



CAPÍTULO 1

EL TORNADO

*D*orothy vivía en las grandes planicies de Kansas con su tío Henry, que era granjero y estaba casado con la tía Ema. Para construir su casa cargaron madera en una carreta desde muy lejos, por lo que era muy pequeña: tenía cuatro paredes, un piso y un techo que formaban una sola habitación, donde había una estufa herrumbrosa, una alacena para los platos, una mesa, tres o cuatro sillas y dos camas.

Tío Henry y tía Ema tenían una cama grande en un rincón, y la de Dorothy, más pequeña, estaba del otro lado. La casa no tenía buhardilla ni sótano; lo que ellos llamaban “sótano” sólo era un pequeño hueco que habían cavado para cuando hubiera tornados. Ahí corrían a refugiarse si azotaba uno de esos enormes remolinos capaces de aplastar cualquier edificio que se atravesara en su camino. Una trampilla en el piso y una pequeña escalera conducían a ese oscuro refugio.

Cuando Dorothy estaba en la puerta mirando a su alrededor, lo único que veía era una enorme llanura gris por todos lados. Ni un solo árbol ni una sola



casa interrumpían la vasta planicie que parecía juntarse con el cielo en todas las direcciones. El sol había abrasado la tierra labrada hasta convertirla en una masa gris llena de grietas. Ni siquiera el pasto era verde, pues el sol lo había quemado hasta volverlo tan gris como todo lo demás.

En alguna época la casa estuvo pintada, pero el sol hizo que la pintura se fuera cayendo y las lluvias terminaron por deslavarla. Ahora se veía tan opaca y gris que se confundía con el paisaje.

Cuando llegó a vivir aquí después de casarse, la tía Ema era una mujer joven y hermosa. A ella también la habían transformado el sol y el viento, robándole el brillo de los ojos que ahora eran de un gris apagado; sus mejillas y labios habían sido despojados de su antigua frescura y ahora se veían opacos. Esbelta y demacrada, ya nunca sonreía.

Cuando Dorothy, que era huérfana, llegó a vivir a esa casa, la tía Ema se emocionaba tanto con la sonrisa de la pequeña, que lanzaba un gritito con las manos en el pecho, y miraba a Dorothy asombrada de que aún fuera capaz de encontrar algo de qué reír.

El tío Henry nunca sonreía. Trabajaba arduamente desde la mañana hasta la noche y no sabía qué era estar alegre. Desde su larga barba hasta sus raídas botas, él también parecía gris. Su apariencia era adusta, solemne y casi nunca hablaba.

Toto hacía reír a Dorothy y la salvaba de volverse tan sombría como todo lo que la rodeaba. Toto no se había vuelto gris, era un perrito negro con sedoso pelambre largo y pequeños ojos negros que brillaban alegremente a cada lado de su graciosa y minúscula nariz. Toto jugaba todo el día y Dorothy jugaba con él. Lo quería muchísimo.

Aquel día, sin embargo, no estaban jugando. El tío Henry estaba sentado en las escaleras de la entrada, viendo preocupado el cielo que parecía más gris

que de costumbre. Con Toto en sus brazos, Dorothy fue hacia la puerta y miró el cielo mientras la tía Ema lavaba los platos.

Desde el lejano Norte, escuchaban el grave ulular del viento. Dorothy y el tío Henry vieron cómo la hierba se mecía en oleadas ante la tormenta que se avecinaba. Luego oyeron otro rugido que venía desde el Sur y, al voltear en esa dirección, notaron que ahí también la hierba se ondulaba.

De pronto el tío Henry se puso de pie.

—¡Ema, viene un tornado! Iré a revisar a los animales —le gritó a su esposa y se apresuró a llegar al cobertizo donde estaban las vacas y los caballos.

La tía Ema dejó lo que estaba haciendo y salió a la puerta. Bastó un vistazo para alertarla del peligro inminente.

—¡De prisa, Dorothy! ¡Corre al sótano a refugiarte! —gritó.

Toto saltó de los brazos de la niña y fue a esconderse bajo la cama. La niña corrió a buscarlo. Muy asustada, la tía Ema abrió la trampilla y descendió al pequeño y sombrío agujero. Finalmente, Dorothy logró atrapar a Toto, así que estaba lista para ir con su tía. A la mitad del camino, se escuchó un aullido del viento y la casa se sacudió con tal fuerza que ella perdió el equilibrio y, en un abrir y cerrar de ojos, cayó sentada sobre el piso.

Entonces sucedió algo extraño. La casa dio dos o tres giros y se elevó lentamente como si fuera un globo.

Los vientos del Norte convergieron con los del Sur justo en el punto donde se encontraba la casa, ahora convertida en el centro del tornado. Por lo general, el aire que está en el ojo del huracán es tranquilo, pero la gigantesca presión del viento sobre los cuatro costados de la casa la fue elevando incluso más allá que el torbellino mismo y ahí se quedó. Luego la arrastró a través de muchos kilómetros con tanta facilidad como si fuera una pluma.

Todo estaba muy oscuro a su alrededor y el viento rugía atterradoramente, pero a Dorothy le pareció que la casa se balanceaba con suavidad. Tras los primeros giros, y también cuando la casa se inclinó de una manera muy pronunciada, Dorothy se sintió como un bebé al que mecen en la cuna.

Toto no estaba a gusto. Corría de un lado a otro ladrando con fuerza. Dorothy se quedó sentada y tranquila, esperando a ver qué ocurriría.

En un momento Toto se acercó demasiado a la trampilla y cayó en el hueco. La niña pensó que lo había perdido para siempre, pero de pronto vio asomarse una de sus orejitas, pues la fuerte presión del viento lo mantuvo suspendido, evitando que cayera al vacío. Dorothy se arrastró hasta el agujero del sótano, pescó a Toto por la oreja y lo llevó de nuevo a la habitación, después cerró la trampilla para impedir más accidentes.

Las horas transcurrieron lentamente. Poco a poco Dorothy logró superar el miedo, pero se sentía sola. A su alrededor el viento aullaba con una fuerza ensordecedora. Al inicio le preocupaba pensar que, al caer, la casa estallaría en mil pedazos. Sin embargo, fue pasando el tiempo y nada de eso ocurrió. La niña dejó de preocuparse y decidió esperar con calma a ver qué le deparaba el futuro.

Por fin Dorothy se arrastró hasta su cama a través del piso que se balanceaba. Toto fue tras ella para acurrucarse a su lado. Pese al bamboleo y al rugir del viento, Dorothy cerró los ojos y se quedó dormida al instante.





CAPÍTULO 2

EL ENCUENTRO CON LOS MUNCHKINS

*D*orothy despertó por una sacudida tan súbita y violenta que, si no hubiera estado en la cama blanda, seguramente se habría lastimado. El temblor le hizo perder el aliento, no sabía qué pasaba. Toto presionó su naricita helada contra la cara de Dorothy y gimió aterrorizado.

Ella se sentó y pudo darse cuenta de que la casa ya no se movía, tampoco estaba a oscuras, pues el resplandor del sol entraba por la ventana inundando la pequeña habitación. Saltó de la cama para abrir la puerta y Toto la siguió. La niña miró a su alrededor y lanzó un grito de asombro. Tantas maravillas que estaban delante de ella la hicieron abrir aún más los ojos.

El tornado asentó la casa con suavidad, considerando que se trataba de un tornado, en medio de una región de extraordinaria belleza. Había adorables extensiones de pasto verde y árboles majestuosos cargados de frutas apetecibles y deliciosas. Por todos lados se veían flores magníficas, así como aves con extraños y brillantes plumajes que cantaban y aleteaban en árboles y arbustos. No muy lejos centelleaba un arroyo entre verdes riberas, murmurando con una voz que sonaba como música para los oídos de Dorothy, quien había pasado tanto tiempo en una planicie seca y gris.

Mientras veía entusiasmada tantas cosas espléndidas y desconocidas, Dorothy vio que se acercaba un grupo con las personas más extrañas que hubiera visto jamás. No eran tan altas como la gente a la que estaba habituada, pero tampoco eran diminutas. Parecían de su misma estatura —bastante buena para una niña de su edad— pero, hasta donde le fue posible apreciar, eran mucho mayores que ella.

Eran tres hombres y una mujer vestidos de una forma extravagante. Llevaban un sombrero redondo que remataba en punta, treinta centímetros encima de sus cabezas; del ala de cada sombrero colgaban campanitas que tintineaban dulcemente al menor movimiento. Los sombreros de los hombres eran de color azul; el de la pequeña mujer era blanco, igual que su vestido, de cuyas hombreras colgaban flequillos tejidos. Sobre la tela se veían unas estrellitas dispersas que destellaban como diamantes bajo el sol. Los hombres llevaban trajes del mismo tono que sus sombreros y calzaban botas bien lustradas con una franja también azul. A Dorothy le pareció que eran más o menos de la misma edad que su tío Henry porque dos de ellos tenían barba, pero indudablemente la mujercita era mucho mayor. Tenía el rostro tapizado de arrugas, el cabello casi completamente blanco y caminaba con cierta rigidez.

Cuando se acercaron a la entrada de la casa, donde Dorothy permanecía de pie, se detuvieron murmurando entre ellos, como si tuvieran miedo de seguir avanzando. Fue la viejita quien se acercó, le hizo a Dorothy una gran reverencia y dijo con dulce voz:

—Bienvenida sea la más noble de todas las hechiceras a la Tierra de los Munchkins. Estamos muy agradecidos de que hayas aniquilado a la Bruja Malvada del Este y acabado con nuestro cautiverio.

Dorothy escuchó esas palabras con gran asombro. ¿A qué se referiría la viejita llamándola “hechicera” y diciendo que había “aniquilado” a la Bruja Malvada del Este? Dorothy era una simple e inofensiva niña que, por culpa de un huracán, se encontraba a muchos kilómetros de distancia de su hogar y que nunca había matado a nadie.

Era evidente que la mujercita esperaba una respuesta. Titubeante, Dorothy respondió:

—Es usted muy amable, pero debe de haber un error. Yo no he matado a nadie.

—Pues tu casa sí lo hizo —respondió la anciana entre risas—, así que es lo mismo. ¡Mira! —dijo apuntando hacia una de las esquinas de la casa—. Ahí están dos dedos de su pie debajo de ese tablón de madera.

Dorothy miró y lanzó un pequeño grito de miedo. En efecto, bajo la esquina de la gran viga sobre la que descansaba la casa, se asomaban dos pies calzados con unas zapatillas puntiagudas color plata.

—¡Qué terrible! ¡Qué terrible! —gritó Dorothy uniendo sus manos, muy consternada—. Debe de haberle caído la casa encima. ¿Qué hacemos?

—No hay nada que hacer —respondió la mujercita con calma.

—¿Quién era? —preguntó Dorothy.

—Como dije, era la Bruja Malvada del Este. Durante muchos años mantuvo cautivos a los Munchkins, esclavizándolos día y noche. Ahora son libres y están muy agradecidos contigo por el favor que les hiciste.

—¿Quiénes son los Munchkins? —dijo Dorothy.

—Son las personas que viven en el Este, donde reinaba la Bruja Malvada.

—¿Usted es Munchkin? —preguntó Dorothy.